

VERSIONES CASTELLANAS

DE LA

JERUSALEM LIBERTADA

DE

TORCUATO TASSO

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO LEIDO EN EL LICEO HIDALGO POR EL SOCIO DE NÚMERO

FRANCISCO SOSA



MÉXICO
OFICINA TIPOGRAFICA DE LA SECRETARIA DE FOMENTO
Calle de San Andrés núm. 15
—
1885

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO.

UNA acreditada casa editorial de Barcelona acaba de dar á la estampa, con gran esmero tipográfico, *La Jerusalem Libertada* de Torcuato Tasso, puesta en verso castellano por el Excmo. Sr. Director de la Academia Española D. José de la Pezuela y Ceballos, Conde de Cheste. Desde que, por un boletin bibliográfico, tuve noticia de esta publicacion, ansié conocerla; primero, porque siempre he admirado el poema inmortal del hijo ilustre de Sorrento, y despues, porque conocedor de la version hecha de la misma obra por uno de nuestros más sabios compatriotas, el Sr. Lic. D. Francisco Gómez del Palacio, deseaba comparar esta última con aquella, debida á una de las eminencias literarias de España en nuestros dias.

Mucho influia en mi ánimo, no debo ocultarlo, cierto patriótico anhelo de encontrar razones para hacer patente el acierto con que habia llevado á cabo esa misma empresa, años há, el Sr. Gómez del Palacio. Mas no se crea por esta sincera confesion mia, que dominado de

irreflexivo entusiasmo por un trabajo nacional, y con el preconcebido propósito de enaltecerlo con mengua de otro extraño, queria á toda costa rebuscar defectos en la version del Conde de Cheste, y hacer resaltar únicamente las bellezas de la del Sr. Gómez del Palacio. Sobrados títulos tiene á la estimacion de los que al cultivo de las letras se dedican, el Director de la Academia Española, y soy el primero en reconocerlos y proclamarlos. Si se tratara de una personalidad oscura, desconocida, no acometeria la empresa de establecer un paralelo entre su traduccion y la de nuestro compatriota, porque ninguna gloria proporcionaria á este último la demostracion de sus merecimientos, comparándolos con los de un escritor vulgar, con los de una medianía.

Conste, pues, que con desapasionado criterio, sin el propósito de buscar superioridad que en honra de las patrias letras redunde, voy á tratar de las dos principales traducciones castellanas de la *Jerusalem Libertada*, haciendo, aunque de paso, referencias á otras anteriores á éstas; y conste asimismo que, sin falsa modestia, reconozco lo imperfecto y deficiente de este estudio, á que no me atreveria á dar lectura en el seno de una Sociedad tan ilustrada como el Liceo, si no me alentara la nunca desmentida benevolencia de mis consocios.

A muy lejanos tiempos tendria que remontarme si ántes de proceder á la comparacion de las dos versiones castellanas del poema italiano, quisiera hacer la historia de la poesía épico–heróica, poniéndome á discurrir sobre la manera con que ella expresa lo bello de la actividad humana, la idealidad de la accion y de la vida del hombre; las diferencias sustanciales de los diversos ramos de este género poético; el momento histórico

adecuado á su aparicion; la influencia que en él ejercen las creencias religiosas; las formas que ha ido revistiendo en el curso de las edades, desde su aparicion, y cómo se ha relacionado con el sentimiento de la nacionalidad; su desenvolvimiento estético, las condiciones que le deben caracterizar y sus formas rítmicas. Afortunadamente no encuentro necesarias tales disquisiciones, toda vez que el presente estudio está destinado á una corporacion literaria para cuyos miembros son familiares los tratados de estética y las historias de las diversas literaturas antiguas y modernas. ¿Qué cosa nueva podria yo decirles que no supiesen ya por las eruditísimas obras de Hegel, Fischer, Ricther, Max Müller, Weber, Tain, Amador de los Rios, Canalejas, Revilla, y cien y cien autores que en libros más ó ménos extensos han agotado la materia? Nada; que todo eso está dilucidado ya, conforme al criterio de las diversas escuelas, y visto bajo el prisma de las particulares tendencias de cada autor, y con mayor ó menor profundidad de pensamiento y elevacion de miras. Además, tengo para mí, que nosotros los que consagramos nuestros esfuerzos al progreso de la literatura nacional, no debemos divagarnos en teorías, en exposiciones históricas ya hechas, sino en aplicar los conocimientos adquiridos, á las obras que aquí se producen y que más ó ménos directamente reflejan la cultura intelectual de nuestra patria. Ya que no nos depara la suerte ocasion de estudiar obras mexicanas de grande aliento, de aquellas que son fruto exclusivo del genio, y pasan á través de las edades y hacen repetir el nombre de una nacionalidad en todas las demas del mundo civilizado, empleemos nuestra pluma en patentizar de qué manera responden nuestros escritores á la legítima aspira-

cion del pueblo á todo lo que significa un adelanto en el cultivo de lo bello.

Pasemos, pues, por alto esos pormenores, que aunque interesantes é indispensables en obras extensas y magistrales, serian impertinentes en un trabajo de estrechas dimensiones, como éste, y digamos en breves palabras que, en concepto de los preceptistas modernos, el poema de que me ocupo es señalado como uno de los más perfectos, y, por lo mismo, más bellos de los que ha producido en su período reflexivo–erudito la poesía épico–heróica, cuyo renacimiento comenzó al finalizar el siglo XIV.

Torcuato Tasso, hijo de una familia antigua é ilustre, nació el 11 de Marzo de 1544, y falleció el 25 de Abril de 1595. Vida la suya sembrada de amarguras que contristan el ánimo con su recuerdo, y en la que el amor juega un papel principal, ha dado orígen á sinnúmero de escritos, muchos de los cuales revisten una forma verdaderamente romancesca. Su pasion contrariada, las persecuciones inícuas de que fué víctima por parte de los grandes á cuya clase pertenecia, su prision en oscura mazmorra, su clausura en un hospital de dementes, y por último, su muerte acontecida en los momentos mismos en que iba á discernírsele uno de los homenajes más gloriosos, coronándole el Pontífice de la cristiandad, todo esto, digo, bastaria á llenar numerosas páginas. Me limitaré, por lo tanto, á recomendar la lectura de la biografía debida á Suard, miembro de la Academia francesa, que precede á la traduccion de la *Jerusalem*, hecha por el príncipe Lebrun, que es reputada como una de las mejores entre tantas como se han hecho al idioma de Corneille. Tambien merece re-

comendacion la que figura en el *Gran Diccionario del Siglo XIX*, por Larousse. Además, en cualquiera historia general de la literatura, ó de la particular de la italiana, abundan las noticias sobre la vida del Tasso. Lo que cumple á mi propósito es hablar de la mejor de sus obras, de la *Jerusalem*, poema á que debe la inmortalidad, para despues entrar al exámen de las versiones castellanas del mismo poema.

Contaba el Tasso treinta y nueve años de edad cuando terminó la *Jerusalem*. Aunque el asunto por él elegido no era nacional, sí habia sido en los siglos medios de interes general y reinaba aún poderosamente en los dias del Tasso. Ni podia ser de otro modo, pues entónces la Europa ardia en guerras, si no, como dice un distinguido escritor, entre los árabes y los cristianos, sí entre los turcos y los españoles. Y las expediciones de Cárlos al África, sus ejércitos amenazando al terrible poder del Sultan de Constantinopla; las naves españolas encerrando en el Bósforo á las galeras turcas, creaban como una especie de eco al sentimiento que inspiró las Cruzadas, y al cual responde con los veinte cantos de su *Jerusalem*, en que celebra los hechos memorables de Godofredo de Bouillon.

Contra la voluntad del autor, que acaso deseaba limar su poema, fué éste impreso. Oportuno me parece hacer notar aquí, que ninguno de los críticos de la *Jerusalem*, al señalar sus defectos, se ha detenido á considerar que muchos de éstos habrian tal vez desaparecido si el infortunado autor hubiese cuidado de la impresion de su poema, que es el momento en que se hacen las últimas correcciones, ó como se dice en lenguaje vulgar, se da la última mano á las obras. Tampoco se aduce

en descargo del cantor de Godofredo, que sus dolencias físicas y morales en la cárcel y en el hospital de locos de Ferrara, no le permitieron pulir más y más su inmortal creacion.

A fines del siglo XVI y principios del XVII, movióse en Italia gran disputa entre los partidarios del Tasso y del Ariosto sobre la precedencia en el Parnaso, distinguiéndose entre los que eran adversos al poeta que nos ocupa, los célebres académicos de la Crusca. Y no sólo en Italia, sino en Francia y otros pueblos de Europa escribieron los eruditos numerosos volúmenes con motivo de esta controversia.

Para formarse idea de la exaltacion con que ariostistas y tasistas, que diriamos hoy, sostenian sus opiniones, basta leer la célebre carta de Metastasio sobre el particular.

Metastasio, á quien su amigo Domenico Diodati pidió que le expresara su juicio sobre el Ariosto y el Tasso, dirigióle una larga carta, en la que con palpitante verdad da cuenta de la lucha de opiniones de los literatos italianos de su época, con motivo de los poemas de aquellos dos grandes poetas. Con el ardor que caracteriza al pueblo italiano, se ventilaba la cuestion, sin atender á otros razonamientos que á los que dicta una pasion exaltada. En medio del calor de las disputas, nadie se acordaba de decir que para ponerles término era bastante conocer la índole diversa de los dos poemas. Metastasio, sectario, como él mismo se califica, de los que proclamaban la superioridad del *Orlando* sobre la *Jerusalem*, veia con santo horror este último, y cuando alguno le obligaba, por seducirlo, á leer los pasajes más bellos, aunque se sentia desde luego agradablemente impresionado, des-

pues, fiel á su secta, se lamentaba de aquella condescendencia, como de uno de esos movimientos perversos que hace nacer la corrupcion del alma humana y que la virtud nos ordena combatir y rechazar. Así, miéntras subalternó sus ideas á las de los extraños, Metastasio fué uno de tantos deturpadores del Tasso; pero cuando pudo pesar en la balanza de su propia razon las cualidades de ambos poetas, decidióse al fin á leer la *Jerusalem*, de que solamente conocia ciertos fragmentos. ¡Qué cambio tan extraordinario operóse entónces en el ánimo de Metastasio! Oigamos cómo lo expresa á su amigo Diodati:

"Esta accion grande y única (la de la *Jesusalem*],—dice,—clara y vivamente expuesta, sabiamente conducida, perfectamente terminada, que se me presenta como en un vasto cuadro; la variedad de los sucesos de que ella se compone, y que la enriquecen sin dividirla; la magia de un estilo siempre puro, siempre claro, siempre elevado, siempre armonioso, y que sostenido por su propia fuerza sabe participar de su nobleza á los objetos más simples y más comunes; este colorido que brilla siempre en las comparaciones y en las descripciones; esta evidencia de narracion que seduce y persuade; de caracteres tan verdaderos como bien sostenidos; el hermoso encadenamiento de las ideas tanto de ciencia como de juicio; y, sobre todo, esta fuerza prodigiosa de imaginacion, que léjos de debilitarse, como sucede ordinariamente en las obras de largo aliento, va siempre en creciente hasta el último verso, hé aquí lo que me llenó de un placer de que hasta entónces no me habia formado idea, de una admiracion de respeto, de un vivo remordimiento de mi larga injusticia, y de una im-

placable indignacion contra aquellos que creen que se ultraja á Ariosto al compararle con el Tasso."

Metastasio, cuyas palabras dejo trascritas, acabó por declarar que, puesto en el caso de elegir un modelo para escribir un poema, se decidiria por la *Jerusalem*, y como él los críticos más renombrados, y para decirlo con mayor amplitud, el mundo entero, ha acabado por colocar al Tasso entre las poetas épicos de mayor talla que la humanidad ha producido. Su poema, como el del Ariosto y como el de Camoens, ha ejercido una influencia que prevalece todavía en las literaturas modernas, pudiendo asegurarse, como respetable autoridad ha afirmado, que la poesía épica de los siglos XVII y XVIII y parte muy principal de los ensayos hechos en el presente, así como la mayor parte de las doctrinas y opiniones sustentadas por los críticos y los preceptistas sobre la poesía épica, se deben á la decisiva influencia que ejercieron en esta edad el *Orlando*, la *Jerusalem* y los *Lusitanos*.

Que no son éstas vagas afirmaciones de algunos autores apasionados en favor del cantor de las Cruzadas, sino la sancion de todos los pueblos, lo demuestra que, segun el abate Serassi, existian en su época diez traducciones de la *Jerusalem* en otros tantos dialectos de Italia, cinco en lengua latina, seis en frances, cuatro en español, una en portugués, dos en inglés, tres en aleman, una en holandés, una en polonés y una en ruso. Moreri cita otras en árabe y en turco. Apénas puede tenerse idea de las ediciones que ha alcanzado el poema en su lengua original, y de las que se han hecho de las traducciones que acabamos de enumerar. Aparte de esto, la nombradía del autor ha sido tan grande, que músi-

cos, dramáticos, pintores y escultores han buscado inspiracion en la vida de Tasso y en su famoso poema. Goëthe en 1790 presentó un drama que lleva el nombre del gran hijo de Sorrento, y en el que pinta el conflicto tantas veces reproducido entre la vida ideal y la vida material; Raupach, aleman tambien, compuso en 1825 una tragedia intitulada *La muerte de Tasso;* Alexandre Duval estrenó en la Comedia francesa, en 1826, su drama en cinco actos y en prosa, llamado el *Tasso;* el marqués A. de Beloy dió en el teatro del Odeon, en 1857, una bellísima comedia en verso, en dos actos: *El Tasso en Sorrento;* Manuel García compuso, con libreto de Cuvelier y Mélitas de Meun, en 1821, la ópera en tres actos, *La muerte de Tasso;* de Donizetti, en 1833, se representó en Roma un drama lírico en cuatro actos, de cuyo libreto fué autor Ferreti; Fabris, en 1857 terminó un monumento del poeta, que existe en San Onofre en Roma; Forelli expuso en el salon de 1855 una estatua del Tasso; Eduardo Ender pintó el cuadro *El Tasso en Ferrara;* un carton de Kaulbach representa al *Tasso y las dos Eleonoras.* Gran número de artistas han representado, bajo diversas formas, los padecimientos del poeta durante su secuestracion en el hospital de locos: á Delacroix, á Gallait, el Delaroche de la escuela Belga, se deben lienzos que le presentan meditando en su prision; Marquet le pinta recibiendo allí mismo consuelos de su Eleonora (1850): Granet, Clérain, Devéria, Navié, Pérignon, Ducis, De Keyser, Lobin, Robert Fleury y otros pintores, le han consagrado sus pinceles, y no acabaria esta ya larga lista, si me propusiera citar siquiera fuese una mínima parte de los grabadores que han ilustrado las mejores ediciones de la *Jerusalem* hasta llegar á Gustavo Doré.

Pues bien: ¿qué significa esa unánime admiracion de los artistas, como de los críticos y literatos, sino que la *Jeruralem* es un poema destinado á existir miéntras el sol brille en el espacio?

Veamos ahora de qué manera le juzgan renombrados escritores de diversas naciones.

Emilio Montagut, hablando del Tasso y de sus obras, dice: "Todas sus dotes, cuan grandes son, son las dotes del adolescente; el encanto que emana de sus obras es el encanto que emana de la adolescencia, y es el mismo que le hace irresistible. Hay en él alguna cosa al mismo tiempo maliciosa y púdica, lánguida y movible, que es verdaderamente incomparable. Esta adolescencia del genio del Tasso, está por donde quiera señalada. Él posee en el más alto grado, como ningun poeta lo ha poseido, el sentimiento de la aurora y de la mañana de toda cosa: aurora de la vida, ó mañana del dia; de todo lo que es jóven en la naturaleza como en el hombre. El Tasso, inferior á sus grandes compatriotas por el vigor y la originalidad de sus grandes concepciones, por la extension de los pensamientos, la virilidad del acento y el conocimiento del alma humana, es muy superior á ellos como pintor de la naturaleza. Si se me pidiera que le definiese en dos palabras, yo le llamaria el poeta de las hermosas vibraciones. No tiene, en efecto, en sus obras, y sobre todo en su gran poema, sino vibraciones de toda suerte, de religion, de heroismo, de amor. Los movibles espectros luminosos que pasan sobre un muro blanquizco, dan la sola idea de estos rápidos movimientos de entusiasmo que se suceden por cualquier causa, indiferentemente, dotados de belleza, pero que mueren con la rapidez con que nacen. El Tasso es cier-

tamente la crisálida del genio italiano; larva encantadora al contrario de las otras larvas, en que se disuelve el alma antigua, en ella se siente vibrar las alas del alma todavía no nacida. Naturaleza híbrida, participa de dos caracteres y es el punto de union de dos artes. Si la muerte está allí, allí está tambien la vida, y este ocaso es una aurora. Forma la transicion entre la poesía que dice en él su última palabra y la música que balbute en él sus primeras melodías. Con una mano da un adios á la descendencia del Dante y de Ariosto, y con la otra da la bienvenida á través de los siglos, á la raza de los Pergolesos, de los Cimarrosas y de los Bellinis. Sí, el Tasso puede ser contado entre los grandes poetas, porque la significacion de la palabra *vate* tiene todavía toda su fuerza. Este voluptuoso hipocondriaco reemplaza á su manera las funciones solemnes atribuidas al poeta: presidir el nacimiento y los funerales de los sentimientos humanos, amortajar las nobles cosas que ya no son, y anunciar las nobles cosas que serán un dia. Es un guardian de las tradiciones antiguas, al mismo tiempo que un precursor."

Larousse no es ménos entusiasta por el poema de Tasso, pues en la biografía del poeta dice: "*La Jerusalem Libertada* es el poema épico más bello y más acabado de los tiempos modernos. La eleccion del asunto, tan popular en toda la cristiandad, la unidad imponente del plan y de la accion, la variedad de los sucesos y de los personajes, la belleza sostenida y la verdad de los caracteres; la pureza y la armonía del estilo, la riqueza del colorido, la abundancia de las imágenes, la elevacion de los pensamientos, le han asegurado un gran lugar entre las grandes epopeyas clásicas. Se le ha

censurado la profusion de las antítesis, de los conceptos y de las imágenes; mas un maestro en materia de gusto, Voltaire, ha hecho notar juiciosamente que estos defectos, sacrificios hechos al gusto de una nacion, y que el severo Boileau ha calificado de oropel, desaparecen apénas se leen unos centenares de versos, en los que el estilo es casi por donde quiera elegante y puro."

Etienne, el más moderno entre los historiadores de la literatura italiana, si bien con el escalpelo de la crítica más severa descubre los defectos en que bajo el doble punto de vista moral y artístico incurrió el Tasso, acaba por reconocer que su poema es de los mejor ordenados y de los más semejantes á las epopeyas griegas y latinas, y confiesa que el genio del autor, excelente en el arte de combinar las situaciones, lleva en la narracion un estilo dramático en el más alto grado; que el Tasso es un poeta lírico de primer órden. Etienne agrega que el Tasso olvida á menudo la narracion, para entregarse á los trasportes del sentimiento, y entónces su lenguaje es admirablemente oratorio; que abunda tambien en sentencias, y que las que pone en sus versos han venido á ser proverbios. El crítico frances manifiesta que se conoce que el Tasso se formó en la escuela del Petrarca y de Casa, por las frecuentes declamaciones á que se entrega.

El renombrado historiador de la literatura española, D. José Amador de los Rios, despues de citar algunos de los rasgos originales más prominentes de la *Jerusalem*, dice: "A estos rasgos originales que pudiéramos multiplicar fácilmente, se agregan otros muchos de un mérito relevante, que descubriendo las fuentes en que el Tasso se inspiraba, enseñan el camino que debe se-

guirse para valorar las obras del ingenio con la sobria y discreta imitacion de los antiguos. Cierto es que esta menera de imitacion, la cual léjos de humillar al verdadero poeta, enriquece sus más estimables creaciones, se halla sólo al alcance de los hombres privilegiados que saben asimilarse y hacer suyos los tesoros de otros tiempos, siendo el escollo natural en que se estrellan los impotentes esfuerzos de las medianías. Por eso al considerar el acierto y oportunidad con que el cantor de Godofredo recuerda ó imita dando nueva vida y frescura á los incidentes y situaciones que traslada á su poema, tenémosle por digno de todo estudio y alabanza. Sus imitaciones, que provienen de la prodigiosa extension de su lectura, de la observacion asídua é inteligente de la antigüedad clásica y de la riqueza extraordinaria de su memoria, ni se limitan á un solo modelo ni se encierran en una época determinada: el Tasso tiene presente al mismo tiempo todas las producciones y todos los géneros: la poesía y la historia se le ofrecen no sólo en el siglo de oro de las letras griegas y latinas, sino tambien en los de corrupcion y decadencia; y enriquecido ya con los despojos de la antigüedad, vuelve su vista al arte de la edad media para demandarle inspiracion. Así, miéntras le vemos tomar por maestros principales á Homero y á Virgilio, no se desdeña de seguir las huellas de Lucano y Silvio Itálico, de Ovidio y Lucrecio, de Claudiano y Heliodoro, ni olvida tampoco á Julio César y á Tácito, pagando igual tributo á Dante y á Petrarca, Sannázaro y Vida, sus compatriotas."

Debo hacer notar, ántes de proseguir, que la *Jerusalem*, como dicho queda al principio, es un poema que procede del período reflexivo erudito de la poesía épico—

heróica, y por lo mismo nadie debe extrañar que el crítico español á quien acabo de citar, enumere entre las excelencias del Tasso su facultad prodigiosa de asimilacion.

No puedo resistir al deseo de terminar estas citas de autoridades, con la reproduccion del juicio que acerca de la *Jerusalem* expone uno de los más eminentes críticos ingleses de nuestros dias, Mr. Henry Hallam, en su notable obra *Introduction to the literature of Europe.*

La cita acaso parezca demasiado extensa; mas no por esta circunstancia la suprimiré, pues Hallam es en nuestros dias uno de los más eminentes literatos ingleses, y por desgracia es poco conocido y ménos estudiado en México.

"La vida de Tasso,—dice Hallam,—está excluida de estas páginas en virtud de la regla que he adoptado; pero no puedo suponer á ningun lector tan ignorante que no conozca una de las más interesantes y conmovedoras historias que puede ofrecer la biografía literaria. Fué en los primeros períodos de una mórbida melancolía y de un desarreglo cerebral, cuando se dió término á la *Jerusalem Libertada;* y durante una confinacion, dura en todas sus circunstancias, aunque tal vez necesaria, cuando se dió al mundo. Algunos fragmentos habian sido publicados clandestinamente, á causa de la incapacidad del autor, para proteger sus derechos; y aun la primera edicion, completa en 1581, parece haberse hecho sin el previo consentimiento de él. En las últimas ediciones del mismo año se dice que fué consultado, pero su desórden intelectual se hallaba entónces en el grado más alto, del cual se alivió despues, quedando su genio íntegro y su razon algo más sana, aunque siem-

pre poco segura. El Tasso murió en Roma en 1595, siendo ya objeto de la entusiasta admiracion del mundo, más bien que de su benevolencia y simpatía."

"La *Jerusalem*—continúa Hallam—es, en sentido riguroso, el gran poema épico de los tiempos modernos. Ya se observó justamente por Voltaire, que en la eleccion de su asunto el Tasso es superior á Homero. Cualquiera que hubiese sido el interes que la tradicion unia entre los griegos á la cólera de Aquiles y á la muerte de Héctor, parecia de poca importancia, comparándola con aquellos genuinos recuerdos que se asociaban á la primera Cruzada. No era el asunto de un solo pueblo, sino de la Europa entera; no era una tradicion vaga, sino una historia cierta; y todavía más, una historia tan lejana del tiempo del poeta, que se adaptaba á su propósito con toda la flexibilidad de la fábula. No podia haberse escogido tan acertadamente el asunto en otra época ni en otro país; era además una guerra santa, y las simpatías de sus lectores se excitaban fácilmente en favor de la caballería religiosa; pero en Italia esto no constituia ya un sentimiento absorbente; y el austero tono de hipocresía (bigotry) que quizás se hubiese exigido á un poeta castellano, habria sido disonante entre las blandas notas que hacian el encanto de la corte de Ferrara.

"En la variedad de sucesos, en el cambio de escenas é imágenes, y en la serie de acontecimientos relacionados con ellos en el ánimo del lector, no podemos colocar á la Iliada al nivel de *la Jerusalem.* Y además, por la manifiesta unidad del asunto, y por la continuacion del ejército de los cruzados ante los muros de Jerusalem, el poema del Tasso tiene una coherencia y

una originalidad de que, comparativamente, carece el de Virgilio. Todas las circunstancias están colocadas en su lugar; esperamos la victoria de los cristianos, pero reconocemos lo adecuado de los acontecimientos que la retardan. Los episodios, para llamarlos así con propiedad, son pocos y cortos; pues aquellos que apartan á Reinaldo de los brazos de Armida, aunque ocupan una buena porcion del poema, son, á diferencia del quinto y sexto libro, y aun del segundo y tercero de la Eneida, un eslabon indispensable en la cadena de su narracion.

"En la descripcion del carácter, á la vez natural, precisa y original, Tasso debe ceder el puesto á Homero, y acaso á algunos otros poetas épicos y románticos. Hay algunas indicaciones de la época en que escribió; algunas faltas de esa verdad rendida á la naturaleza, con que los poetas, á semejanza de los pintores, deben dar vida á las concepciones de su fantasía. Sin embargo, están aquí desplegadas la dulzura y nobleza de su alma y su delicado sentimiento de la belleza moral. La mujer guerrera habia sido una antigua invencion, y pocos, á excepcion de Homero, habian dejado pasar la oportunidad para hacerla figurar en sus batallas. Pero es de difícil manejo; no sabriamos trazar la línea entre la salvaje marimacho en contra de quien se revela la imaginacion, y la más gentil y hermosa, cuyos hechos de armas son tan ridículamente desproporcionados con su persona y disposicion. Virgilio el primero, revistió de romántico atractivo á su Camila, pero no la hizo objeto de amor. En la poesía moderna, esto parecia el cumplimiento necesario á toda señora; pero nosotros apénas envidiamos á Rugiero la posesion de Bradamante, ó á Certhegal la de Britomart. Solo Tasso, con pequeño

sacrificio de la probabilidad poética, ha hecho que sus lectores simpaticen con la entusiasta devocion que Tancredo profesaba á Clorinda. Es ella un ideal tan brillante, tan heróico, y además, por el encanto del verso, tan amable, que no hay uno que no la siga con deleite en el combate, ó no lea con tristeza su muerte. ¡Y cuán hermoso es el contraste de su carácter, con la tierna y modesta Erminia!

"Los héroes, como han sido dados á conocer ligeramente, están trazados con ménos maestría. Godofredo es un noble ejemplo de calma y constante virtud; pero encontramos poco acentuado el carácter de Reinaldo. Tancredo ha parecido á algunos demasiado debilitado por su pasion; sin embargo, puede esto considerarse muy justamente como una parte de la moral del poema.

"La *Jerusalem* es leida con gusto en casi todos sus cantos. Ningun poema, si hacemos abstraccion de la Eneida, tiene tan pocas páginas débiles ó tediosas. La melancolía característica de Tasso se refleja en su poema; no encontramos ninguna violencia, ningun arranque cómico, ni el más ligero esfuerzo para suplir por un instante el tono de seriedad que prevalece en cada estancia. Pero es probable que alguno se llegue á cansar con esta uniformidad, que su metro contribuye á aumentar. La *octava rima* tiene sus inconvenientes y aun su dificultad, que una vez dominada, la hace más monótona; y la facilidad de ocurrir á la consonancia marcada, y la interrupcion del sentido en divisiones iguales, á la vez que le comunican una regularidad que impide que los versos más sencillos desciendan al nivel de la prosa, les priva de esa variedad que el hexámetro debe poseer en alto grado. Ariosto disminuye este efecto con la rá-

pida afluencia de su lenguaje, y acaso por su descuido y falta de igualdad; en Tasso, cuyo esmerado lenguaje es sostenido en un alto grado, más que en cualquier gran poeta, excepto Virgilio, y en quien rara vez se encuentra una estancia débil ó prosaica, la uniformidad de la cadencia puede contribuir, con la exuberancia de estilo, á producir en el lector un sentimiento de saciedad. Esto es dicho más bien con motivo de la injusticia, á mi entender, con que algunos hablan de Tasso, que para expresar mis sentimientos, pues hay pocos poemas de grande extension, que desee yo ménos hacer á un lado que la *Jerusalem.*

"La diccion de Tasso excita constante admiracion; es rara vez inflada ó áspera, y aunque más figurada que la de Ariosto, lo es tanto ménos que la de la mayor parte de nuestros antiguos poetas, cuanto más sencilla aparece á nuestros ojos. Virgilio, á quien desde luego debemos compararle, es muy superior á él en energía, pero no en gracia. Sin embargo, su gracia es á menudo demasiado artificial, y las huellas de la lima son muy perceptibles en el exquisitismo del lenguaje. Casi en todas las estancias se encuentran líneas de superior belleza, en las que, sin pretender sujetar el estilo al cartabon de la Academia florentina, no encuentro un solo verso débil ó una expresion impropia.

"Los conceptos, tan á menudo censurados en Tasso, aunque pregonan el mal gusto que habia comenzado á prevalecer, no se encuentran con tanta frecuencia como sus críticos aseguran; pero algunas veces encontramos algunas frases triviales ó afectadas, ó de acuerdo con los usos del tiempo, alguna alusion inútil á la mitología cuando se necesita llenar algun verso ó estancia.

Puede darse un ejemplo en el admirable pasaje en que Tancredo descubre á Clorinda en el guerrero á quien acaba de dar un golpe mortal.

> La vide, e la conolle; e restó senza
> E moto e senso.

"El efecto es aquí completo, y aquí hubiera querido parar; pero la necesidad del verso le indujo á terminarlo con debilidad y afectacion. *Ahi visto? Ahi conosenza!*' Metros tan difíciles como la *octava rima*, piden estos sacrificios con demasiada frecuencia. Ariosto tiene innumerables líneas de necesidad.

"Es fácil censurar las faltas de este admirable poema. El mecanismo sobrenatural es acaso excesivo, y sin embargo éste ha sido característico de la escuela romántica de la poesía, que ha modelado el gusto de Europa, y es rara vez desagradable al lector. Un defecto aun más inequívoco es la influencía desproporcionada ejercida por el amor sobre los heróicos cruzados, que da un tinte de afeminacion á todo el poema, y excita algo parecido al desprecio en los críticos austeros, que no tienen más modelo de excelencia para los cantos épicos que el que los antiguos han creado para nosotros. Pero miéntras que reconocemos que Tasso se ha dejado llevar demasiado léjos de las inspiraciones de su temperamento, seria candor preguntarnos si acaso un asunto tan grave y necesariamente tan lleno de carnicería, no requeria toques ménos suaves de los que les ha dado. Sus batallas tienen tanto espíritu y son tan pintorescas como las de Ariosto, pero para el gusto de nuestros tiempos abundan en matanzas. La Iliada habia establecido un precedente desgraciado que los poetas épicos se creyeron li-

mitados á copiar. Si Erminia y Armida no hubieran sido creadas, los críticos clásicos hubieran tenido ménos que censurar en la *Jerusalem*, pero hubiera estado tambien muy distante de ser la delicia de la humanidad.

"Cualesquiera que sean las leyes de la crítica, cada poeta obedecerá, lo mejor que pueda, á los dictados de su propio genio. El conocimiento práctico y la enajenacion de Tasso le identificaron con las descripciones de la guerra; pero su corazon estaba formado para esa especie de pensativa voluptuosidad, que es lo que más distingue su poesía, que difiere mucho de la más tosca sensualidad de Ariosto. Divaga por los jardines de Armida, como si él fuera de su servidumbre. Los críticos florentinos atacaron vehementemente su reconciliacion final con Reinaldo en el vigésimo canto, y la renovacion de sus amores, porque se deja al lector sin nada que esperar. Y no fué injusta su censura, puesto que es un sacrificio del que seria un sentimiento predominante en la conclusion del poema. Pero á lo que parece, Tasso llegó á aficionarse á Armida, y no pudo soportar que se quedara sumergida en la tristeza y la desesperacion la creacion de su etérea fantasía, á quien habia hecho tan hermosa y tan atractiva. Es probable que este pasaje agrade á la mayor parte de los lectores, pero nunca escapará de la condenacion de los jueces severos.

"Tasso sin duda guarda una gran semejanza con Virgilio. Pero independientemente de la gran ventaja que tiene el latin en majestad y en vigor, y que hace difícil y desagradable cualquiera comparacion exacta, puede decirse que Virgilio tiene más precision de gusto, una observacion más extensa, y si podemos hablar así, careciendo de tanta poesía que haber imitado, tiene más

genuina originalidad. Tasso no poseia mucha de esa inspirada inventiva que encontramos en unos cuantos de los grandes poetas, y que en este sentido más elevado no puedo conceder á Ariosto; él no sólo tomaba libremente, y acaso con estudio, de los antíguos, sino que introduce con frecuencia líneas enteras de poetas italianos más modernos, y especialmente de Petrarca. Tiene tambien algunos giros favoritos, que sirven para dar cierto amaneramiento á sus estancias."

Creo que los juicios que he trascrito bastan á mi intento, que no es otro en esta parte de mi estudio, sino el de probar, con opiniones respetables en el mundo de las letras, que el poema del Tasso goza, y muy merecidamente, de fama universal y duradera. Omitiré, pues, lo que Tiraboschi y Guingené, historiadores ambos de la literatura italiana de que es joya valiosísima la *Jerusalem*, han dicho de ella, y omitiré tambien otros muchos testimonios que en multitud de obras se hallan, y que robustecerian los hasta aquí aducidos.

Si pues por donde quiera encontramos testimonios de la alta estima en que son tenidas la personalidad del Tasso y su gran poema, nada más natural que el noble afan que literatos distinguidos de todos los pueblos han tenido por verter á sus respectivos idiomas la *Jerusalem Libertada.* Indicadas quedan las versiones de que tengo noticia, y al llegar á esta parte de mi estudio, preciso es que me circunscriba á las traducciones castellanas, que son las que más nos interesan.

Ribot, en el prólogo de la que comenzó Caamaño y él terminó, cuya segunda edicion, hecha en Valencia en 1872, tengo á la vista, dice: "En España poseiamos ya tres ántes de ésta: una en verso de D. Juan Sedeño,

reimpresa en Barcelona en el año de 1829; otra por D. Melchor Sas, publicada tambien en dicha ciudad, año 1817, y otra trasladada al castellano de la traduccion francesa, hecha en prosa en 1774, corregida despues y publicada en 1814; la primera puesta en octavas reales como el original. Sobre estar atestada de ripios y de libertades poéticas, pasa por alto ó adultera á menudo imágenes las más brillantes. La segunda, bastante conforme con el texto, está en verso libre, duro y desabrido, y la tercera, debida á D. Antonio Izquierdo de Wasteren, no adolece seguramente de los defectos de la primera: el lenguaje es castizo, y la version me ha parecido tan textual, que á menudo me he servido de ella para descifrar el verdadero sentido de ciertos modismos que se encuentran en el original italiano. Pero esta traduccion, que honra al que la hizo, es en prosa, y de consiguiente no nos deja saborear en el Tasso con los halagos de la versificacion."

Despues de estas traducciones de Sedeño (1587), de Sarmiento de Mendoza (1649), de Sas (1817), y de Caamaño y Ribot (1841), no sé que se hubiesen hecho otras en verso hasta la del marqués de la Pezuela (1855), por lo que respecta á España. En México, el Sr. D. José Joaquin Pesado publicó en 1860 unos "Fragmentos de la *Jerusalem Libertada*," cuyo conjunto suma noventa y dos octavas.

A fines de 1874 y principios de 75, publicó el periódico intitulado "El Artista" los primeros cantos de la *Jerusalem*, traducidos por el Sr. Gómez del Palacio. Las agitaciones de la política, las tareas gubernativas y los trabajos forenses impidieron al abogado durangueño terminar la publicacion, hasta que en 1883, á ruego mio,

accedió á que "El Nacional" insertase en su folletin aquel trabajo. Nuevos contratiempos, que no es del caso referir, interrumpieron la publicacion cuando apénas iba hecha la de los tres primeros cantos, y así ha quedado, causando no escasa pena á los que con júbilo saludaron la aparicion de tan importante trabajo; pero que á éste dió remate el Sr. Gómez del Palacio, aun ántes de que se publicasen en 1874 los dos primeros cantos en "El Artista," cosa es de que no me queda la menor duda, como tampoco la tengo respecto á que si él acometió la empresa consagrándole sus ocios, fué porque le eran desconocidas las versiones de que he hecho mencion. El Sr. Gómez del Palacio, aun cuando hubiese podido encontrar que las antiguas versiones podian ser mejoradas, habria prescindido de hacerlo, pues de lo que trataba era de llenar un vacío que creia notar en las letras castellanas. Imaginaba que, cualesquiera que fuesen los defectos de su traduccion, ella serviria, cuando ménos, para alentar á otros á hacerla con acierto. El Sr. Gómez del Palacio, debemos decirlo para rendir un homenaje á su ilustracion profunda, posee admirablemente el griego, el latin, el inglés, el frances, el aleman y el italiano. De este último tradujo, pues, directamente la *Jerusalem*, circunstancia que no debo dejar pasar inadvertida, porque ella realza el mérito de su traduccion, toda vez que las versiones directas son las que mayores títulos tienen á la estimacion de las personas cultas, como que son las que ménos falsean el pensamiento original del autor traducido.

En cuanto á la del Conde de Cheste, publicada últimamente en Barcelona, debo decir que me era descocida por completo su primera edicion, es decir, la de

1855 hecha bajo los auspicios de la Reina de España á quien fué dedicada. Pocos dias hace que hube de poder consultarla, para hacer la debida referencia en este trabajo. Estudiadas ya por D. Amador de los Rios las traducciones de la *Jerusalem* anteriores á la del Conde de Cheste, ocioso pareceria que intentase compararlas con la de nuestro compatriota. Así, me limitaré á decir, que el gran crítico español considera superior, y con mucho, la del que es hoy Director de la Academia Española, sin desconocer por eso las buenas cualidades que se notan en aquellas. En concepto del Sr. de los Rios, el Sr. de la Pezuela supo matizar el poema con las galas del estilo y del lenguaje, ennobleciendo uno y otro con frases, giros y arcaismos consagrados por los grandes ingenios castellanos del siglo XVI; pero agrega que el traductor introdujo peligrosas novedades respecto de la diccion, dando carta de naturaleza á ciertos vocablos no admitidos hasta ahora en nuestro idioma.

Bueno es llamar desde luego la atencion sobre que ninguna de estas licencias se tomó el traductor mexicano, por más que no parezca propia de este sitio la advertencia, que acaso estaria mejor al presentar las muestras ó ejemplos de las dos traducciones, española y mexicana.

Tal vez mi entusiasmo por la gran epopeya italiana me haya llevado más léjos de lo que habria yo querido, entregándome á señalar con detencion las excelencias del original ántes de entrar á la comparacion de las traducciones castellanas. Mas era imposible prescindir de estos preliminares, atendiendo á que, para valorizar debidamente la utilidad de tales traducciones, es necesario conocer ántes la magnitud de la empresa.

Para no abusar de la benevolencia de los que hoy me escuchan, y para no fatigar despues la atencion de los que se dignen leer estas páginas, limitaré las comparaciones á las doce primeras octavas del canto primero. A nadie puede ocultarse que aun cuando en el curso de la obra existen pasajes más brillantes y de mayor interes, es más creible que al comenzar la version, que de suyo es fatigosa, los traductores estaban dominados de mayor entusiasmo para desempeñar la tarea, y eran más escrupulosos y se fiaban ménos de sus propias fuerzas y estudiaban mejor la manera de salir airosos.

Dice, pues, el Tasso, en el original italiano:

I

Canto l' armi pietose e 'l Capitano
Che 'l gran sepolcro liberò di Cristo:
Molto egli oprò col senno e con la mano;
Molto soffrì nel gloriöso acquisto:
E ivan l' Inferno a lui s'oppose, e invano
S'armò d'Asia e di Libia il popol misto;
Chè il Ciel gli diè favore, e sotto ai santi
Segni ridusse i suoi compagni erranti.

II

O Musa, tu, che di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona,
Tu spira al petto mio celesti ardori;
Tu rischiara il mio canto, e tu perdona
S' intesso fregi al ver, s'adorno in parte
D'altri diletti, che de' tuoi, le carte.

III

Sai che là corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
E che 'l vero condito in molli versi
I più schivi allettando ha persuaso:
Così all' egro fanciul porgiamo aspersi
Di soave licor gli orli del vaso;
Succhi amari ingannato intanto ei beve,
E dall' inganno suo vita riceve.

IV

Tu, magnanimo Alfonso, il qual ritogli
Al furor di fortuna, e guidi in porto
Me peregrino errante, e fra gli scogli
E fra l' onde agitato e quasi absorto,
Queste mie carte in lieta fronte accogli,
Che quasi in voto a te sacrate i' porto.
Forse un dì fia che la presaga penna
Osi scriver di te quel ch' or n'accenna.

V

É ben ragion, s'egli avverrà che in pace
Il buon popol di Cristo unqua si veda,
E con navi e cavalli al fero Trace
Cerchi ritor la grande ingiusta preda,
Ch'a te lo scettro in terra, o, se ti piace,
L'alto imperio de' mari a te conceda.
Emulo di Goffredo, i nostri carmi,
Intanto ascolta, e t'apparecchia all' armi.

VI

Già 'l sesto anno volgea, che 'n Orïente
Passò il campo cristiano all'alta impresa;
E Nicéa per assalto, e la potente
Antïochia con arte avea già presa;
L'avea poscia in battaglia, incontro a gente
Di Persia innumerabile, difesa;
E Tortosa espugnata: indi alla rea
Stagion diè loco, e 'l novo anno attendea.

VII

E 'l fine omai di quel piovoso inverno,
Che fea l'armi cessar, lunge non era;
Quando dall' alto soglio il Padre eterno,
Ch'è nella parte più del ciel sincera,
E quanto è dalle stelle al basso inferno,
Tanto è più in su della stellata sfera,
Gli occhi in giù volse, e in un sol punto e in una
Vista mirò ciò ch'in se il mondo aduna.

VIII

Mirò tutte le cose, ed in Soría
S'affisò poi ne' principi cristiani;
E con quel guardo suo, ch' addentro spia
Nel più segreto lor gli affetti umani,
Vede Goffredo che scacciar desía
Dalla santa città gli empj Pagani,
E pien di fe, di zelo, ogni mortale
Gloria, impero, tesor mette in non cale.

IX

Ma vede in Baldovin cupido ingegno,
Ch' all' umane grandezze intento aspira:
Vede Tancredi aver la vita a sdegno;
Tanto un suo vano amor l'ange e martira:
E fondar Boemondo al novo regno
Suo d'Antïochia alti principj mira,
E leggi imporre, ed introdur costume
Ed arti e culto di verace nume;

X

E cotanto internarsi in tal pensiero,
Ch'altra impresa non par che più rammenti:
Scorge in Rinaldo ed animo guerriero
E spirti di riposo impazïenti;
Non cupidigia in lui d'oro o d'impero,
Ma d'onor brame immoderate, ardenti:
Scorge che dalla bocca intento pende
Di Guelfo, e i chiari antichi esempi apprende.

XI

Ma, poich' ebbe di questi e d'altri cori
Scorti gl' intimi sensi il Re del mondo,
Chiama á sè dagli angelici splendori
Gabrïel, che ne' primi era il secondo:
É tra Dio questi e l'anime migliori
Interprete fedel, nunzio giocondo;
Giù i decreti del Ciel porta, ed al Cielo
Riporta de' mortali i preghi e 'l zelo.

XII

Disse al suo nunzio Dio: Goffredo trova,
E in mio nome di' lui: Perchè si cessa?
Perchè la guerra omai non si rinnova
A liberar Gerusalemme oppressa?
Chiami i duci a consiglio; e i tardi mova
All' alta impresa: ei capitan fia d'essa.
Io qui l'eleggo; e'l faran gli altri in terra
Già suoi compagni, or suoi ministri in guerra.

La traduccion literal, en prosa, de las octavas que preceden, es la siguiente:

I

Canto las armas piadosas y al Capitan que libertó el gran sepulcro de Cristo. Mucho obró con la mente y con la mano; mucho sufrió en la gloriosa conquista; en vano el infierno se le opuso, y en vano de la Asia y de la Libia los pueblos juntos; que el cielo le favorecia, y bajo su santa enseña reunió á sus compañeros errantes.

II

Oh Musa! tú, que de fugaces laureles no circundas la frente en Helicona, sino que en el cielo y entre los santos coros tienes de estrellas áurea inmortal corona; tú inspira al pecho mio celestial ardor, ilustra mi canto, y perdona si mezclo adornos á la verdad y agrego otros encantos á los tuyos.

III

Sabes que el mundo corre donde más le enajenan las dulzuras del Parnaso, y que la verdad dicha en dulces versos, sujetando á los más rebeldes los persuade. Así al niño enfermo presentamos bañados de dulce licor los bordes del vaso, y bebe engañado el jugo amargo, y de su propio engaño recibe la vida.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me salvaste del furor de la fortuna, guiando al peregrino errante entre los escollos y las ondas agitadas, ya casi moribundo, acoge con faz agradable mis versos que, como un voto sagrado, te envio. Tal vez llegará un dia en que mi pobre pluma, présaga de tu destino, ose escribir de tí lo que ahora sólo indica.

V

Y será justo (si llega un dia en que el buen pueblo de Cristo se vea en paz, y con naves y caballos demande al Trace fiero la grande injusta presa) que á tí se te conceda el cetro en la tierra, ó si más te agrada, el alto imperio de los mares. Émulo de Godofredo, escucha en tanto mis versos y apréstate para las armas.

VI

Ya el sexto año corria desde que en Oriente luchara el ejército cristiano en la alta empresa, y Nicea por asalto y la potente Antioquía con arte, habian sido vencidas; y despues ésta defendida en batalla contra la gente innumerable de Persia; Tortosa fué rendida, y llegada la mala estacion, el ejército esperó el nuevo año.

VII

Ya el fin de aquel invierno lluvioso que habia hecho cesar las armas, no estaba léjos, cuando desde su alto solio el Padre Eterno, que ocupa la parte superior del cielo, y cuanto hay de las estrellas al bajo infierno, tanto está más elevado sobre la estrellada esfera, baja los ojos, y en un solo punto y con una sola ojeada, miró todo lo que en sí encierra el mundo.

VIII

Miró todas las cosas, y en Soria se fijó donde estaban los príncipes cristianos; y con aquella mirada suya, que espia el interior de los afectos más secretos del corazon humano, vió á Godofredo que desea lanzar de la Santa Ciudad á los impíos paganos, y lleno de fe y de celo, desprecia todos los títulos mortales, la gloria y el imperio.

IX

Y mira en Baldovino la idea codiciosa que aspira sólo á las humanas grandezas; ve á Tancredo que desprecia la vida, pues tanto su vano amor le apena y martiriza; y á Bohemundo fundar en su nuevo reino de

Antioquía altos principios, imponer leyes, mudar costumbres, artes, y levantar el culto del Númen verdadero.

X

Y está de tal manera entregado á ese pensamiento, que parece no acordarse de ninguna otra empresa. Mira en Reinaldo un ánimo guerrero y un espíritu sin reposo é impaciente; no ambiciona ni el oro ni el poder, sino con ardor inmoderado desea los honores; y pendiente de los labios de Güelfo, aprender los antiguos y claros ejemplos y proezas de los antepasados.

XI

Despues que de estos y los otros corazones hubo sondeado los íntimos sentimientos, el Rey del mundo llamó á sí de entre los ángeles esplendorosos á Gabriel, que entre los primeros era el segundo, y entre Dios y los hombres buenos intérprete fiel y nuncio fecundo que trae los decretos del cielo, y al cielo sube las plegarias de los mortales.

XII

Dijo á su nuncio Dios:—"Vé á Gofredo y dile á mi nombre: ¿Por qué esa inaccion? ¿Por qué no se renueva ahora la guerra para libertar á la opresa Jerusalem? Llame á sus capitanes á consejo; que anime á los tibios en la ardua empresa; él será su caudillo, yo le elijo, y lo mismo harán los suyos en la tierra; guiará á sus compañeros, que le serán obedientes en la guerra."

Veamos de qué manera tradujo estas doce octavas el conde de Cheste:

I

Las pias armas canto y el guerrero
Que la gloriosa empresa coronando,
La tumba de Jesus salvó el primero,
El ánimo y la espada trabajando.
En vano se le opuso el Orco entero,
Toda el Ásia y la Libia á un tiempo alzando;
Que el Señor le amparó, y á sus pendones
Recogió sus errantes campeones.

II

¡O Musa! tú que de laurel la frente
No vistes en las cumbres de Helicona,
Mas en el cielo entre la electa gente
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Inunda el alma de piedad ferviente,
Inspira mis acentos, y perdona
Si, á mundanos deleites acudiendo,
Verdades y artificios voy tejiendo.

III

Sabes que el hombre corre do el Parnaso
Sus lisonjeros dones siempre abulta,
Y al pecho más esquivo se abre paso
En dulces versos la verdad oculta.
Así con miel los límites del vaso
Tiñe al rapaz enfermo hermana adulta;
Amargos jugos engañado bebe,
Y al propio engaño la salud le debe.

IV

Tú, ¡magnánimo Alfonso! que aplacaste
De mi estrella el rigor, y al mar incierto,
Errante peregrino, me arrancaste,
Dando á mis ansias bonancible puerto;
Tú recibe estos versos que inspiraste,
De mi fiel gratitud tributo cierto:
Tiempo habrá que mi pluma precursora
Cante de tí lo que bosqueja agora.

V

Razon será que si á feliz reposo
Torna el paciente pueblo de María,
Y con armas resuelve al trace odioso
La injusta presa arrebatar un dia;
Razon será que en tierra ó mar sañoso
Te elija á tí su Capitan, su guía,
¡Émulo de Bullon! Benigna oreja
Dame en tanto, y las armas apareja.

VI

Son ya más de seis años que de Oriente
El cruzado á las lides ha venido,
Y ha expugnado á Nicea, y á la ardiente
Antioquía con artes ha vencido.
Despues contra persiana inmensa gente
En batalla campal la ha defendido,
Ganada ora Tortosa, en paz salvaba
De la cruda estacion la furia brava.

VII

Y ya el fin del lluvioso y triste invierno,
Que las lides paró, léjos no era,
Cuando el Señor desde su solio eterno,
Que está del cielo en la region postrera,
Y cuanto hay desde el sol al bajo infierno
Tanto está más allá de la alta esfera,
Bajó los ojos, y en un punto y una
Mirada vió cuanto la tierra aduna.

VIII

Miró todas las cosas, y en Soría
Se detuvo y los príncipes cristianos,
Y con aquel mirar que adentro espia
Los afectos recónditos humanos,
Mira á Gofredo, que arrojar ansía
De la ciudad sagrada á los paganos,
Y en celo puro el ánima abrasada,
Gloria, imperio y poder estima en nada.

IX

Ve á Baldovino en su codicia inmundo,
Que á intereses terrenos sólo aspira;
Ve á Tancredo olvidar la vida, el mundo;
Tanto en su ciego amor arde y delira;
Y afirmar los cimientos á Bohemundo
De Antioquía, su nuevo reino, mira;
E introducir costumbres, artes, leyes,
Y el verdadero altar del Rey de reyes;

X

Tanto en esto ocupado el pensamiento,
Que otras deja en olvido ínclitas cosas.
En Reinaldo descubre el noble aliento,
Las indómitas fuerzas belicosas,
Su desprecio del oro y alto asiento,
Su sed de honor, de empresas generosas;
Y le ve que de Güelfo atento pende,
Y de él las glorias de su raza aprende.

XI

Y luego que las hondas intenciones
De unos y otros repasa el Rey del mundo
A Gabriel llama á sí, que en las regiones
De angélico esplendor es el segundo;
Que entre Dios y los rectos corazones
Es intérprete fiel, nuncio fecundo;
Que el divino mandato baja al suelo,
Y las preces del hombre sube al cielo.

XII

Y así le dice: "Mi mandato lleva
Hora á Gofredo, que con torpe olvido
Los gloriosos esfuerzos no renueva
Por ver el muro de Salem rendido.
Llame á consejo y á los tardos mueva,
Y él los conduzca al triunfo esclarecidc.
Aquí le elijo yo, y allá en Soría
Todos le acatarán caudillo y guía."

Nuestro compatriota el Sr. Gómez del Palacio hizo la version de este modo:

I

Canto las armas pias y el guerrero
Que de Cristo libró la Tumba Santa;
Mucho su mente obró, mucho su acero,
Y mil penas turbaron gloria tanta.
Luchó en vano el infierno; el pueblo fiero
Que Asia y Libia juntaron, no le espanta,
Que guía el cielo mismo sus pendones,
Seguidos de la flor de las naciones.

II

Musa que de laureles de este suelo
No circundas tu frente en Helicona,
Mas entre santos coros en el cielo
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Llena mi pecho de celeste anhelo,
Mi humilde voz levanta; mas perdona
Si voy mezclando á la verdad sincera
Adornos bajos para tu alta esfera.

III

Que halla en el mundo plácida acogida
Del Parnaso el idioma lisonjero,
Y en blandos versos la verdad vertida,
Doma y persuade el ánimo más fiero:
Así al enfermo niño se convida
Con el vaso en que miel gustó primero,
Y si engañado amargos jugos bebe,
Al engaño salud y vida debe.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me diste
Asilo, cuando erraba peregrino
Y me salvaste del naufragio triste
Que sumergió el bajel de mi destino:
Acoge con amor, cual siempre hiciste,
Los versos que en ofrenda te destino:
Acaso un dia se honrará mi pluma
Con publicar de tu virtud la suma.

V

Si el fiel pueblo de Cristo, ora agitado
Goza un dia de paz, y en alta empresa
Arrancar quiere al Trace detestado
La grande, inestimable, injusta presa,
Razon será que á tu ánimo esforzado
Se dé el más noble cargo y que más pesa.
Émulo de Gofredo, escucha en tanto
Y las armas dispon miéntras yo canto.

VI

Corria el año sexto que en Oriente
Combatiendo el cristiano consumiera;
A Nicea por asalto, á la potente
Antioquía por arte redujera,
Y en batalla despues contra la gente
De Persia, su valor la defendiera.
Venció á Tortosa, y la estacion helada
Le hace esperar del nuevo año la entrada.

VII

El término de aquel lluvioso invierno
Que á la tregua obligó, ya se acercaba,
Cuando del alto cielo, el Padre Eterno
Que la estrellada esfera dominaba,
Tanto y más que lo que ella al bajo infierno
En infinita altura superaba,
Volvió la vista abajo, y en un punto
Vió cuanto encierra el Universo junto.

VIII

Sus ojos luego hácia Soria inclina,
Do están juntos los príncipes cristianos,
Y aquella su mirada que examina
Del corazon del hombre los arcanos,
Ve que Gofredo la ciudad divina
Anhela recobrar de los paganos,
Y de celo inflamado y de fe pura,
De oro, de gloria ó mando no se cura.

IX

Mira en Balduino mente codiciosa,
Que á grandezas humanas sólo aspira,
Y en Tancredo pasion vana amorosa,
Que alto desprecio de la vida inspira.
A Bohemundo en Antioquía hermosa
Las bases de su reino poner mira,
Dar leyes, cambiar usos, y piadoso
Fundar de Cristo el culto glorioso;

X

En cuya empresa tanto se complace,
Que de otra alguna al parecer no cuida.
En Reinaldo descubre ánimo audace
Y mente de reposo mal sufrida;
De oro, mando ó poder cuenta no hace;
De honra quiere no más suma crecida.
De los labios de Güelfo está pendiente,
Oyendo hazañas de la antigua gente.

XI

Luego que de los claros campeones
Leyó los pechos el Señor del mundo,
Llama de entre las célicas legiones
A Gabriel, de los príncipes segundo,
Que las puras y santas oraciones
De los justos, á Dios dice facundo,
Y es del cielo piadoso mensajero
Que sus mandatos lleva al orbe entero.

XII

Dice á su nuncio Dios: "vuela á la tierra,
" Busca á Gofredo, y dile que el reposo
" De nuevo trueque á la sangrienta guerra,
" Y á ganar á Sïon marche animoso;
" Que á consejo convoque á cuanto encierra
" Su ejército de noble y valeroso;
" Que será el capitan por mí nombrado
" Y de sus compañeros ayudado."

Los preceptistas que han tratado del arte de traducir. reducen sus leyes á las siguientes: *exactitud* en interpretar; *estudio* en seguir el órden de las palabras del original; *economía* y *distribucion* en los períodos, dividiéndolos como el autor, en cuanto lo permita el sentido de la oracion y el genio del idioma en que se traduce. Fácil es comprender desde luego, que no observan religiosamente estas reglas todos los traductores, y que por lo mismo son ménos numerosas de lo que á primera vista parece, las versiones que reunen las condiciones expuestas. Por una causa unas, y por diversa otras, se apartan del original; de donde resulta, que los que las llevan á cabo, ni nos hacen conocer un fiel traslado de las obras escritas en idioma que no poseemos, ni nos ofrecen otras originales ó nuevas, porque contienen pensamientos de dos autores y giros propios de dos idiomas.

Si de traducciones en verso hablamos, no es ni necesario decir que la dificultad de hallar una buena es mucho mayor. Un ingenio vulgar ó mediano, es incapaz de penetrar el sentido genuino del pensamiento de un gran poeta; lo tergiversa á menudo, lo empequeñece casi siempre, le despoja de sus mejores galas; miéntras que un poeta de robusta inspiracion y de excelsas pro-

ducciones propias, acostumbrado á dar libre vuelo á sus ideas, se aviene mal á las trabas que le ponen las leyes á que sujetarse debe el traductor. El genio es creador por excelencia, y, sin percibirlo, mezcla á las ajenas ideas las ideas propias; cree muchas veces que puede ser mejorada una imágen, y la mejora; halla más poética otra forma, y se la da, y para decirlo de una vez, la idea del propio valer le hace mirar como servil el ejercicio de un arte que no conduce á la inmortalidad, aspiracion sublime y única de los que han recibido del cielo el soplo divino de la inspiracion creadora que halaga, encanta y fascina con sus concepciones.

Si poetas notables, enamorados de ciertos pensamientos de otros poetas de su talla, se ocupan algunas veces en verterlos á su idioma, jamas eligen las composiciones de largo aliento; y aun cuando llegan á quedar satisfechos del nuevo ropaje con que han vestido la composicion extraña, jamas colocan á ésta en el sitio preferente de sus obras, sino que la señalan como labor secundaria, como simple entretenimiento, como tributo pagado á un momento de entusiasmo, sin miras ulteriores, sin cifrar en ella título alguno de su gloria.

Hé ahí por qué sube de punto el valor del servicio que á una literatura presta quien se entrega á la penosa y dificilísima tarea de traducir un gran poema, como cualesquiera de los que forman el tesoro de las antiguas literaturas. Los hombres doctos, los que conocen todas y cada una de las dificultades que un buen traductor tiene que vencer, son los únicos que aprecian su trabajo. La mayoría de los que de éste se aprovechan, que sin él habrian ignorado por siempre las infinitas belle-

zas de las epopeyas clásicas, esos mismos son los que más presto olvidan al traductor, los que admiran al autor y le citan á cada paso, sin cuidarse nunca de proclamar que sin la mediacion de este ó aquel traductor, no habrian podido deleitarse con tan amenas lecturas.

Innumerables autores han tratado de las excelencias y de la utilidad del arte á que vengo refiriéndome. Para no dejar de citar, en obsequio de la juventud estudiosa, á algunos de ellos, indicaré que merecen ser leidas las reflexiones puestas por Bateaux en su prólogo al Horacio frances; el libro de Daniel Huet, hombre doctísimo, *De Optimo genere interpretandi;* el prólogo de D. Francisco Cubillas Donyague sobre su traduccion de la *Vida devota* de San Francisco de Sales; el prólogo de Dacier á la version de las *Vidas paralelas* de Plutarco; el prólogo de Goya y Muniain á su traduccion de los *Comentarios* de Julio César, y otros muchos.

Presentadas las muestras del original italiano, de la traduccion literal en prosa y de las dos versiones en verso castellano, réstame hacer notar que, teniendo presentes las reglas de los preceptistas, es la del Sr. Gómez del Palacio la que puede reputarse más apegada al original del Tasso. En ella no solamente *interpretó* con exactitud, sino que siguió con *estudio* las palabras del poeta de Sorrento, y dividió los períodos como éste lo hiciera. Cumpliendo con la ley forzosa de *no quitar nada ni añadir*, desempeñó su tarea *enajenado en cierta manera, de sí, revistiéndose del autor.*

Así, por ejemplo, miéntras que el Conde de Cheste parafrasea, pudiera decirse así, la primera octava, el Sr. Gómez del Palacio la vierte literalmente, sin que le haga perder su original belleza y poesía, cuando dice:

Canto las armas pias y el guerrero
Que de Cristo libró la tumba santa;
Mucho su mente obró, mucho su acero,
Y mil penas turbaron gloria tanta, etc.

miéntras que el Conde de Cheste traduce:

Las pias armas canto y el guerrero
Que la gloriosa empresa coronando,
La tumba de Jesus *salvó el primero*,
El ánimo y la espada trabajando, etc.

Obsérvese que en el original no existe la frase: *la gloriosa empresa coronando;* que el Tasso puso *Cristo* y no *Jesus*, por más que los dos nombres sean usados indistintamente; y que tampoco trae el original *salvó el primero.*

Si examinamos de igual manera la segunda estrofa ú octava, verémos que hay no sólo mayor fidelidad en la traduccion, sino mayor propiedad en la eleccion de las palabras. Veámoslo, aunque sea preciso copiar íntegras ambas octavas.

Del Conde de Cheste:

¡O Musa! tú que de laurel la frente
No *vistes* en las cumbres de Helicona,
Mas en el cielo *entre la electa gente*
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Inunda el alma de piedad ferviente,
Inspira mis acentos, y perdona
Si, á mundanos deleites acudiendo,
Verdades y artificios voy tejiendo.

Del Sr. Gómez del Palacio:

Musa, que de laureles de este suelo
No circundas tu frente en Helicona,

Mas entre santos coros en el cielo
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Llena mi pecho de celeste anhelo,
Mi humilde voz levanta; mas perdona
Si voy mezclando á la verdad sincera
Adornos bajos para tu alta esfera.

Si el Tasso dijo á su musa que con fugaces laureles no *circunda* la frente en Helicona, sino que en el cielo y entre los santos coros *tiene* de estrellas inmortal corona, etc., no podemos dejar de reconocer que el verbo *vestir* y la frase *entre la electa gente*, empleados por el traductor español, se apartan mucho de la idea del original.

La octava tercera, como las anteriores, revela en la version del Sr. Gómez del Palacio, que éste procuró, mucho más que el Conde de Cheste, ser un traductor fiel. Dijo el Tasso que el mundo corre á donde le enajenan más las dulzuras del Parnaso, y que la verdad, dicha en dulces versos, sujetando á los más rebeldes, los persuade. El traductor español interpreta estas palabras de la manera siguiente:

Sabes que *el hombre* corre do el Parnaso
Sus *lisonjeros dones siempre abulta*,
Y al pecho más esquivo se abre paso
En dulces versos la verdad *oculta.*

Nótese desde luego que el traductor mexicano se apartó mucho ménos del original al decir:

Que halla en el *mundo* plácida acogida
Del Parnaso el idioma lisonjero,
Y en blandos versos la verdad vertida
Doma y persuade el ánimo más fiero.

"La verdad dicha en dulces versos, sujetando á los más rebeldes, los persuade"—dijo el Tasso, y no que *abulte* siempre sus lisonjeros dones, ni mucho ménos que *oculte* la verdad.

En los cuatro versos restantes sucede otro tanto, pues en ellos encontramos á una *hermana adulta* de que el hijo de Sorrento no hace mencion.

De cada una de las subsecuentes octavas podria yo presentar aquí igual análisis; pero lo juzgo innecesario, y creo además que cansaria al *Liceo*, y que correria yo el peligro de ser tachado de excesivamente nimio y escrupuloso. Además, no es mi intento, como al principio dije, censurar la version española, sino patentizar que con grande acierto la hizo tambien nuestro compatriota, y esto creo haberlo demostrado ya, con sólo poner junto á las estrofas del Tasso las del Conde de Cheste y las del Sr. Gómez del Palacio, sin fatigar á los que me escuchan con numerosos ejemplos. Pero no está por demas, ya que de un estudio comparativo se trata, presentar aquí las primeras doce octavas de la version del Sr. Pesado, citada ántes. El Sr. Pesado es, sin contradiccion, reputado como una de las más puras glorias de nuestro Parnaso, y por lo mismo redundará en honra del Sr. Gómez del Palacio la demostracion de la superioridad que es debido conceder á éste sobre aquel, en lo que respecta á la traduccion del poema del Tasso; pues sin esfuerzo puede notar cualquiera, que hay mucha mayor exactitud en la version del Sr. Gómez del Palacio, porque el Sr. Pesado parafraseó aun más que el Conde de Cheste.

Hé aquí sus versos:

I

Las armas canto y el varon cristiano
Que el gran sepulcro libertó de Cristo:
Mucho obró con la mente y con la mano,
De fe animado y de valor provisto:
Venció al infierno, que se opuso en vano,
Y al Asia y Libia, con valor no visto;
Y tuvo ante su seña esclarecida,
Su vagarosa gente recogida.

II

¡Oh Musa! tú que en la celeste esfera
De estrellas ciñes inmortal corona,
No de rama fugaz, perecedera,
En la mentida márgen de Helicona;
Mi pecho enciende en llama duradera,
Ilustra mi cantar; y tú perdona,
Si entretejo tus páginas de flores,
Y presto á la verdad vivos colores.

III

Sabes que á todos place la armonía
De los sonoros metros del Parnaso,
Y que la Verdad y la Poesía
Para más persuadir se unen acaso.
Así al doliente niño, madre pia
Le barniza de miel la orla del vaso;
Él bebe amargo jugo, y no percibe
Que de su engaño la salud recibe.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me llevas
En alas de tu próspera fortuna,
Cuando en profundo mar de amargas pruebas
Vagaba yo sin esperanza alguna;
Si recibes mi canto, si lo apruebas,
Y si mi rima á tí no es importuna,
De tí dirá despues, sonora y rica,
Hazañas que hora apénas pronostica.

V

Justó será (si en paz á verse llega
Este batallador pueblo cristiano,
Y en naves y caballos pide entrega
De su presa voraz al Trace insano)
Que el cetro de la mar, si á tí te plega,
Tengas, ó el de la tierra soberano:
Émulo de Gofredo, oye, te ruego,
Y apréstate á la guerra airado luego.

VI

Eran seis años que en Oriente habia
El Cruzado vencido en la pelea,
Lanzando á los infieles de Antioquía
Y asaltando los muros de Nicea:
A su valor el Persa se rendia,
Y allá en Tortosa su bandera ondea,
Recogiendo su tropa en cerco breve
Bajo las tiendas que escarchó la nieve.

VII

Se acercaba á su fin aquel invierno,
Y asomaba la dulce primavera,
Cuando de su alto solio el Padre Eterno
(Solio que con mil luces reverbera,
Y cuanto las estrellas del infierno
Se alzan, él se alza sobre la alta esfera)
Volvió al suelo los ojos, y vió junto
El orbe reducido á solo un punto.

VIII

Con vista perspicaz observa y mira
Congregados en Siria los cristianos;
Ni á sus ojos se esconde y se retira
El secreto pensar de los humanos:
Observa que Gofredo sólo aspira
A purgar á Salem de impíos paganos,
Y que armado de fe y de santo celo,
Gloria y poder desprecia de este suelo.

IX

Y ve que Baldovino, codicioso,
A humanas glorias y grandeza aspira:
Que Tancredo, de vida desdeñoso,
Tras un liviano amor corre y delira:
Que Bohemundo, un reino poderoso
A fundar sólo en su provecho aspira,
Establecer costumbres, dictar leyes,
Y dar orígen á famosos reyes:

X

Y que en esto se encuentra tan entero,
Que otra empresa ni sufre ni consiente.
Halla en Reinaldo un ánimo guerrero,
Y espíritu vivaz, genio impaciente.
No en busca de oro esgrimirá su acero,
Sino de honor inmarcesible ardiente:
Güelfo le enseña y graba en la memoria
Hechos y hazañas de la antigua historia.

XI

Despues que de estos y otros lidiadores
Miró en el corazon el Rey del mundo,
Llama á Gabriel, bañado en esplendores,
De sus primeros ángeles segundo:
El que inicia en la tierra sus favores:
De su gloria y bondad nuncio facundo:
Mensajero de Dios en este suelo,
Intercesor del hombre allá en el cielo.

XII

Y Dios le dice: á Palestina baja
Y dí á Gofredo:—"¿Qué tardanza es esa?
¿Por qué la guerra su vigor relaja?
¿Por qué no libras á Salem opresa?
Cíñete de valor, obra, trabaja
En dar remate á la sagrada empresa:
Que tú eres el caudillo designado
Por mí, del noble ejército cruzado."—

Aunque no entra en el plan que me he propuesto seguir, la comparacion dc las octavas de Pesado con las del Conde de Cheste y con las del Sr. Gómez del Palacio, creo pertinente decir, que Pesado es, aún más que el Director de la Academia Española, un traductor poco fiel. Llama á Godofredo *varon cristiano*, y el Tasso le llama únicamente capitan, resultando de mal efecto la frase "varon cristiano que libertó el sepulcro de Cristo."

En el original no se halla este verso:

De fe animado y de valor provisto,

que es un ripio como lo son igualmente la "mentida márgen de Helicona," la "llama duradera," en vez de "celeste ardor," las "páginas de flores," y otras muchas palabras traidas por la fuerza del consonante ó por completar las octavas. En la tercera se aparta del original de un modo extremo, y así en las demas, como seria muy fácil demostrar.

No sucede lo mismo en la version del Sr. Gómez del Palacio. Éste, sin sacrificar la forma, sin ser un traductor servil, procura que el lector conozca los pensamientos del vate sorrentino, como los expresara, sin pretender añadirles nuevas galas ni inútiles afeites; de manera que aquellos que poseen con perfeccion el italiano y han gozado con la lectura de la *Jerusalem* en ese idioma, no echan de ménos ninguna de las ideas que les eran ya familiares; y los que por primera vez se consagran á esta lectura, pueden estar seguros de que conocerán el poema tal cual fué escrito.

Hay en la version del Sr. Gómez del Palacio pasajes tan llenos de esplendor y de armonía, que los mismos que poseen el idioma del Tasso encuentran positivo deleite leyéndole en nuestra sonora lengua, en esta version.

Identificóse de tal manera á la idea del autor, que no es fácil descubrir el artificio de toda traduccion. Posesionado del asunto, no lo interpreta, sino que lo canta con el mismo vigor, con el mismo fuego con que lo hiciera el desventurado amante de Eleonora; como si fuese inspiracion propia. Los que me escuchan saben muy bien hasta dónde llegan las dificultades que necesita vencer el que acomete empresa de tal magnitud como lo es la que con tan feliz y sorprendente éxito llevó á cabo el abogado durangueño. Orgullosos debemos estar los mexicanos de que á las patrias letras quepa tan legítima honra. No importa, lo repito, que sea excelente la traduccion de la *Jerusalem* por el señor Director de la Academia Española, toda vez que la que nos pertenece fué hecha sin conocer aquella, y sin más guía que el original italiano.

No es, ciertamente, esta la primera obra que en México ha sido vertida fiel y acertadamente á nuestra rica habla; ocasion es de decirlo.

Si, aunque sea rápidamente, recorremos la historia de las letras mexicanas, encontramos que en sus diversos períodos ofrece traductores nada vulgares. Citaré algunos en comprobacion, sin incluir á Alegre, que puso en versos latinos la Iliada de Homero, porque hablamos de traducciones castellanas.

Del griego tradujo, directamente, el Ilmo. Sr. Montes de Oca, hoy obispo de San Luis Potosí, los *Bucólicos* y las *Odas de Píndaro*, mereciendo que ambas versiones sean reimpresas en Madrid, en dos tomos de la "Biblioteca Clásica."

Del latin tradujo, en el siglo XVI, D. Vicente Torija las obras de Virgilio, en verso castellano. Más tarde,

D. José Rafael Larrañaga publicó en 1787 una correcta traduccion de las mismas obras de Virgilio, tambien en verso castellano, en cuatro tomos. Despues, en 1827, publicóse la de las *Heroidas* de Ovidio, por D. Anastasio Ochoa y Acuña, que es superior, y con mucho, á la version que hizo D. Diego Mejía, como en breve habré de demostrarlo en otro estudio que al intento preparo. Otros varios de nuestros más renombrados literatos han puesto en verso castellano diversas odas de Horacio, y en nuestros dias el Sr. D. José María Vigil, que es hoy digno vicepresidente de este Liceo, publicó su estimabilísima traduccion de las *Sátiras de Persio*, con muy eruditas notas.

Del aleman vertió el distinguido académico D. José Sebastian Segura, la famosa poesía de Schiller, *La Campana*, y otras de menor extension, y D. Rafael de Zayas Enriquez, poeta y literato veracruzano, la mayor parte de los cantos de Ulhan.

Del inglés tradujo el Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, hoy Secretario de Relaciones, la magnífica poesía de Edgar Poe, *El Cuervo*, con aplauso universal, y otras varias composiciones de diversos autores.

Respecto á traducciones del frances, poseemos tal número de poesías sueltas y de poemas breves, que necesitariamos extendernos mucho si pretendiéramos citar los nombres de los que las han llevado á cabo. Puede decirse, sin temor de errar, que muy contados son los poetas mexicanos que no ofrecen en la coleccion de sus obras versiones de poetas franceses. Las de mayor extension que yo recuerdo, son las de la *Poética* de Boileau y el *Telémaco* de Fenelon, por Ochoa, y la de las *Fábulas de Lafontaine* por D. Lorenzo Elízaga.

Del italiano tradujo Ochoa la *Virginia* de Alfieri; Zumaya, en el siglo XVIII, tradujo varias óperas, y en nuestra época al dulce poeta D. Luis Gonzaga Ortiz se debe la de la tragedia *Francesca de Rimini.* Carpio, Pesado y otros, deben ser citados entre los traductores del italiano.

Curiosa y por demas interesante seria la bibliografía que pudiera muy bien formarse de las traducciones hechas en México, sobre todo si se hiciese extensiva á las obras en prosa. No cabe semejante empresa en los límites que me he impuesto, y tengo que limitarme á hacer tan sólo la brevísima indicacion que precede, no sin advertir de paso, que no he citado muchas traducciones que llamaria de segunda mano, porque fueron hechas en presencia de traducciones francesas.

La predileccion que muestro por las buenas versiones castellana de las obras clásicas, y en general de las que pueden contribuir al adelanto literario y científico de nuestra patria, tal vez me atraiga ciertas censuras. Debo por lo mismo, pues la ocasion no puede ser más oportuna para verificarlo, hacer algunas observaciones respecto á la conveniencia y á la utilidad de las traducciones, pues no estoy conforme con Etienne, autor que ya he citado, quien afirma que la traduccion, en verso sobre todo, no es más que un ejercicio, una gimnástica de la inteligencia, útil para una lengua en via de formacion, pero que más tarde no puede ser sino una causa de empobrecimiento para el genio nacional. Aun dando por cierto que Etienne hubiese asentado una verdad absoluta al referirse á pueblos con cuya cultura intelectual no es dado equiparar la del nuestro, preciso es convenir en que su doctrina es inaplicable al México actual. Creo, por el

contrario, que si algo puede contribuir á la creacion de una epopeya nacional, de que aún carecemos, es la generalizacion del conocimiento de los grandes modelos que otros siglos y otras naciones nos han legado. Ninguna de las ilustradas personas que me escuchan dejará de confesar que los cantos, mejor dicho, que los fragmentos épicos debidos hasta hoy á los poetas mexicanos, no responden á la magnitud de los grandes hechos históricos que en ellos se conmemoran y pretenden inmortalizar. Ni la epopeya sublime de la defensa de Anáhuac en el siglo XVI, ni la epopeya grandiosa de la Independencia á principios del siglo actual, están escritas: Cuauhtemoc no ha tenido su Homero; Hidalgo espera aún en su tumba un Tasso que cante la libertad de México por el héroe venerable proclamada.

Se me dirá que, con señalada excepcion, todos nuestras poetas han conocido y conocen los poemas griegos, latinos é italianos, si no en su lengua original, sí por medio de las versiones francesas, y que á pesar de esta circunstancia, el vacío de que hablo sigue notándose, y se me dirá tambien que este es el testimonio más irrecusable de que no por falta de modelos, sino porque aun no hemos tenido un bardo de tan elevada talla como la de los autores de esos poemas extranjeros, carecemos todavía de un verdadero poema épico mexicano. Por último, se me presentarán argumentos basados en el principio de que no todos los períodos literarios de un pueblo son apropiados á semejantes creaciones; que en nuestra época no son las bellas letras sino las elucubraciones de la ciencia y de la política las que absorben las más privilegiadas inteligencias. Creo, sin

embargo de que no me son desconocidas estas y otras objeciones, que precisamente porque no atravesamos una época, dirélo así, de inspiracion espontánea, sino otra que podria llamarse erudita, es en el actual momento en el que deberia intentarse, cuando ménos, la formacion de la epopeya nacional. No están borrados los recuerdos de la heroicidad azteca; están frescos todavía los de la cruenta lucha por inscribir el nombre de la patria entre los de los pueblos libres; y para robustecer la inspiracion de los que deben cantar las glorias de Cuauhtemoc y de Hidalgo, para que la belleza de la forma de esos cantos esté al nivel de la grandeza del asunto, ¿qué mejor modelo que el que ofrecen las versiones á nuestra sonora lengua, de los poemas épicos que las naciones todas han cuidado de conservar y popularizar pasándolos á sus respectivos idiomas?

Hija acaso de la vanidad, ha nacido y se ha propagado entre nosotros cierta afectada indiferencia, ó por mejor decir, cierto injustificable desden hácia la literatura española, y muy especialmente hácia las versiones que á nuestro idioma se han hecho y hacen, lo mismo de las obras de la antigüedad clásica que las que difunden en España y en las naciones que de ella proceden, las producciones científicas y literarias modernas, de Alemania, Inglaterra, Francia é Italia. No ya los que poseen con perfeccion varios idiomas extraños, aun los que únicamente han aprendido á traducir el frances en las escuelas preparatorias, para poder seguir los cursos superiores en libros escritos en aquella lengua, parece como que se duelen de que haya todavía quien lea ó estudie en español. Sucede así muchas veces, que cuando, como en el caso que motiva este escrito, se anuncia

la aparicion de la version castellana de una obra inmortalizada por la admiracion y por el aplauso de centenares de generaciones, dogmáticamente se declara que son preferibles, y con mucho, las que existen en la lengua de Racine y de Molière. ¡Cosa singular: ninguno se avergüenza de ignorar las reglas para hablar bien y escribir con propiedad el idioma de sus padres, y sí causa rubor confesar que no se poseen sino superficiales conocimientos de un lengua extraña!

En vano se aduce el testimonio de los sabios que han demostrado que ninguna de las lenguas vivas aventaja en majestad, energía, riqueza, armonía y otras muchas cualidades excelentes á la lengua de Luis de Leon y de Garcilaso; en vano se patentiza que entre sus hermanas, como ha dicho un escritor. es la lengua castellana la que más se parece á su antigua madre la latina, y la que retrata mejor en sí las perfecciones de ella. No importa que los franceses mismos afirmen que entre todas las lenguas vivas ésta es la más armoniosa y la que más participa de las riquezas de la griega, no ménos por la variedad de las fórmulas y por la gran copia de sus terminaciones en todo cumplidas, que por el nivel perfecto de sus palabras, siempre sonoras. De nada sirve que italianos eruditos como Gosselini que floreció en el siglo XVI, y otros muchos, encarezcan sus preeminencias; todo es inútil para convencer á los que tienen por regla desdeñar las obras, originales ó traducidas, en español. De aquí que, en las producciones de esos mismos y en las de sus sectarios, sea difícil encontrar las bellezas y galas del idioma en que están escritas, pues casi siempre emplean, en confusa algarabía, las locuciones de lenguas extrañas y alguno que otro giro propio que in-

advertidamente dejan deslizarse, que, si lo observaran, preferirian darle forma afrancesada.

Hemos pasado de un extremo á otro. Privaron durante los siglos de la dominacion colonial las letras castellanas, con exclusion absoluta de las demas, si se exceptúan las latinas. Persistió en los primeros decenios de nuestra vida libre é independiente, esa preferencia, y cuando las nuevas generaciones quisieron romper completamente con el pasado, se entregaron á la literatura francesa, abandonaron la española hasta el punto de menospreciarla, sin reflexionar que su cultivo era necesario de todo punto, puesto que en este idioma y no en otro tenian que trasmitir á los demas sus pensamientos, bien fuese para la propagacion de los nuevos dogmas políticos, bien para la enunciacion de las ideas artísticas, literarias ó científicas.

Ciertamente que en descargo de los que más han influido en generalizar ese desden de que nos lamentamos, puede asegurarse que los malos traductores españoles son los que han engendrado en el ánimo de aquellos las ideas que profesan. Ya en otro lugar dijimos cuáles son las condiciones que exige una traduccion para ser digna de estima, y nada difícil, pero sí difuso, seria demostrar que en las versiones del teatro frances y en las de las novelas de la misma procedencia, especialmente en estos dos géneros, y en seguida en las obras científicas, la mayor parte de las traducciones españolas que en nuestro país circulan, no sólo no llenan los requisitos que con justicia se les puede exigir, sino que, por su arbitrariedad, por su desenfado, por sus imperdonables ligerezas, se puede asegurar que no sólo desfiguran sino tergiversan por completo los pensamientos

de los autores. Necesítase, pues, emplear gran discernimiento para no dar entrada sino á las buenas traducciones; pero entre esto y negar que existan, média una gran diferencia. Es más todavía: las traducciones francesas, á ménos que hubiesen sido hechas por hombres verdaderamente eruditos y concienzudos, falsean mucho el carácter del original, y de ello se han quejado no pocas veces los mismos franceses. Tal vez más aún que los españoles, proceden con libertad tan extremada, que no parece sino que tratan de dar nueva forma á los pensamientos, si es que no llevan su osadía al punto de cambiar el sentido de esos pensamientos.

Para que se vea hasta dónde llegan las libertades que se permiten tomar algunos traductores, voy á trascribir un curioso pasaje que hallo en la *Historia de la literatura española* por Ticknor:

Hablando de los poemas épicos en el siglo XVII, dice:

"La segunda tentativa es una de las más absurdas que se conocen en la historia de la literatura, y fué hecha por D. Juan Antonio de Vera y Figueroa, Conde de la Roca, largo tiempo embajador de España en Venecia, y autor de un precioso tratado en prosa, acerca de los derechos y deberes de un embajador, é intitulado: "El Embajador."

"Habia comenzado Vera por traducir al español la *Jerusalem libertada* del Tasso, y estaba ya á punto de publicarla, cuando repentinamente varió de idea, y acomodó su obra, sujeto, ornamento poético, y todos los otros accesorios, á "La Conquista de Sevilla por San Fernando." La metamórfosis fué tan completa como ninguna de las de Ovidio; pero no tan graciosa, y la trasformacion es perfectamente clara, sobre todo en el

libro segundo, en donde la tierna y conmovedora historia de Olindo y Sofronia se convierte en un episodio semejante entre Leocadio y Galinda.

"Para hacer más grotesca esta composicion, y darle todo el aire de una grave y séria caricatura, el poema está escrito en redondillas castellanas antiguas, y consta de veinte libros, para no discrepar ni en eso de la *Jerusalem libertada*, que está dividida en veinte cantos."

Al leer el anterior pasaje en Ticknor, no pude ménos sino recordar lo que en materia de traducciones para el teatro pasa todos los dias en España. Frecuentemente, como lo saben bien los que me escuchan, las traducciones de las zarzuelas y de los dramas franceses no son sino *arreglos* á la escena española, en los que no sólo se cambia el nombre de los lugares, sino que se desnaturaliza por completo el pensamiento del autor original.

Los traductores iberos tienen, con muy marcadas excepciones, la manía de españolizarlo todo, aun cuando resulten las más groseras aberraciones.

Volvamos al tema de este estudio.

Los que por hacer alarde de una familiaridad absoluta con las lenguas extrañas, y especialmente con la francesa, leen en este idioma sin el auxilio del Diccionario, y al leer vierten de la manera más libre y arbitraria, miéntras que el traductor concienzudo se entrega á sérias y laboriosas consultas é investigaciones ántes de estampar la frase traducida, á fin no sólo de no incurrir por ligereza en error, sino que para él, traducir es un arte sujeto á reglas, y porque busca la aprobacion de los inteligentes en ese arte, sin la cual ninguna gloria podria resultarle de su ímprobo trabajo.

Si bien es cierto que los triunfos del traductor jamas

podrán equipararse con los del que llega á merecer el nombre de creador; si el triunfo de éste ofusca siempre al de aquel; por magistral que sea su obra, jamas podrá decirse con justicia que el traducir bien sea un trabajo meramente mecánico, toda vez que presupone conocimientos profundos en otras lenguas, posesion completa de la propia, y conocimientos extensos en los grandes modelos de la literatura de su patria y de las extrañas.

Todas estas y otras razones que omito, á causa de la extension que sin querer he ido dando á este estudio, me indujeron á emprenderlo, animándome tambien el deseo de cooperar á que se lleve á feliz término la impresion ya comenzada de la version castellana de la *Jerusalem* por nuestro compatriota el Sr. Lic. D. Francisco Gómez del Palacio. No importa que esté en circulacion en España y en toda la América latina la del Señor Director de la Academia Española; siempre será un nuevo timbre para las letras mexicanas que á ella se deba otra, que no yo, sino personas á todas luces competentes, califican de excelente.

Voy á terminar con las palabras mismas con que concluye la introduccion puesta por D. Amador de los Rios á la primera edicion de la version castellana hecha por el hoy Conde de Cheste, entónces Teniente General, Marqués de la Pezuela. "No olvidemos—dice—que sin verdaderas virtudes poéticas, jamas hubiera podido alcanzar tan brillante éxito, y tributémosle, en nombre de la literatura nacional, las más cumplidas gracias por haber consagrado todos sus ocios á empresa tan útil como meritoria. Y si el Parnaso frances se gloría de poseer entre tantos ensayos hechos desde el siglo XVII, una version de la *Jerusalem*, tan afortunada y aplaudida

como la de M. Baur Lormian, no ménos pagado debe mostrarse el español al contar entre los inestimables tesoros que lo enriquecen, la traduccion que, bajo los auspicios de la Reina de España, aparece hoy en el orbe literario."

Sin embarazo podemos decir, valiéndonos de las mismas palabras del Sr. de los Rios, que el Parnaso mexicano debe mostrarse pagado al contar entre sus tesoros la hermosa traduccion de la *Jerusalem*, hecha por el Sr. Lic. D. Francisco Gómez del Palacio, de que acabo de daros imperfecta idea.

México, Abril 12 de 1885.

FRANCISCO SOSA.


Lithomount
Pamphlet
Binder
Gaylord Bros.
Makers
Syracuse, N. Y.
PAT. JAN 21, 1908

